



L'EXPRESS Y NUMERO CERO DE LE POINT

Similares portadas para muy diferentes intenciones

## PERIODISMO

### La batalla de París

A fines de agosto los franceses asistieron al nacimiento de un insólito conflicto: dos semanarios iniciaban una despiadada batalla para atrapar los favores del público lector. El enfrentamiento se producía entre el ya legendario *L'Express* y su novel competidor *Le Point*, un hebdomadario lanzado a los kioscos el 25 de setiembre bajo la responsabilidad de la editorial Hachette.

Pero lo que en principio se creyó una nueva manifestación de libre competencia comercial no es sino la encarnizada lucha entre los dueños del poder político y quienes aspiran a conseguirlo. El camoufflage bajo el que se ocultan las verdaderas intenciones otorga un irónico sabor a la contienda: publicitariamente los responsables de ambas publicaciones se han movilizado con habilidad, promoviendo ciertas anécdotas risueñas. Sin embargo, la investigación de algunos antecedentes, revela la existencia de antiguas heridas jamás cicatrizadas.

**EL PRINCIPIO DEL FIN.** En los primeros meses de 1970 el fundador de *L'Express*, Jean-Jacques Servan-Schreiber, decidió conquistar la diputación de Burdeos: "Bueno muchachos, —exclamó melancólico— voy a retirarme; no quiero comprometer a la revista con mis intereses políticos". Con todo, un año más tarde se reintegraba a su escritorio luego de resignar sus intenciones ante Chaban-Delmas, al cabo de

una campaña de tono más que dramático.

Seis meses después Simón Nora, brazo derecho del ex premier Chaban-Delmas, ingresó en Hachette y ahora es su flamante director y cabeza de *Le Point*. Pero el regreso de Servan-Schreiber a *L'Express* — que circula desde 1953 — instauró el caos en la redacción: los más conspicuos periodistas extendieron la renuncia al actual editor, Philippe Grumbach, luego de intensas disputas. En la actualidad casi todos se desempeñan en *Le Point*.

El instigador de la discordia, mientras tanto, se convirtió en uno de los más encarnizados opositores gubernamentales. Volvía a fustigar — como en sus comienzos — a la derecha francesa; aunque ahora sus escritos se convirtieron en agudos dardos, lanzados desde una sutil columna semanal. El rango de editorialista colmó su orgullo y no opuso reparos a que su nombre no figurara debajo de la palabra director. De todos modos, *L'Express* es en estos momentos quizá la única revista en su tipo sin staff: fue abolido luego del masivo éxodo de sus escribas.

La aparición de *Le Point* no motivó en Servan-Schreiber ningún comentario hostil, sólo sonrió lánguidamente antes de balbucear: "En Francia hay mercado suficiente para un nuevo semanario: pueden existir los dos". Su colega Simón Nora fue menos amable: "Nuestra aspiración fundamental es superar a *L'Express*, y lo lograremos", amenazó. Si bien la experimentada revista francesa se inspiraba en sus comienzos en la norteamericana *Time*, el nuevo *Le Point* prefirió encasillarse en el estilo de *Newsweek*. Pero la principal diferencia no es ésa; más bien estriba en las adversas fundamentaciones políticas de ambas editoriales.

**LA VERDAD DESNUDA.** Hachette, una antigua empresa, otrora erigida en líder de la prensa francesa y de su distribución, hoy es nada más que un mero instrumento del Estado. Su historia es simple: finalizada la Segunda Guerra Mundial los recursos escaseaban y para lanzar nuevas publicaciones el monstruo editorial se vio obligado — como cooperativa — a solicitar créditos al Banco de París y de los Países Bajos. La consecuencia, lógicamente, fue que las entidades bancarias — aun poseyendo acciones limitadas — dominaran la distribución del emporio editor que Hachette construyera en el lapso de una generación.

Aunque el banco sea privado mantiene estrechas relaciones con el gobierno y ese vínculo hace que la editora no pueda, bajo ninguna circunstancia, poner en tela de juicio a sus funcionarios ni publicar manifestaciones que critiquen el poder vigente. Así Hachette se transformó en un poderoso mecanismo manejado a gusto y placer por el gobierno; de ahí que los más fervientes detractores de *Le Point* refieran que la revista vio la luz para acallar las molestas críticas de Servan-Schreiber.

Al revés de Servan-Schreiber, que se reintegró al periodismo para continuar la lucha política, Simón Nora declaró en una entrevista que había dejado los cargos gubernamentales — era diputado por Nancy — para abrazar un medio de comunicación social como la prensa, "factor fundamental para lograr cambios a nivel nacional".

Pese a las apariencias, los observadores sostienen que es sumamente difícil que *Le Point* logre quitar a *L'Express* su liderazgo periodístico. El mercado no está saturado ni mucho menos, pero los fieles lectores que lo siguen desde hace años no abandonarán fácilmente sus columnas. A pesar de ello, la aparición de un competidor hará posible una fluctuación de los intereses publicitarios, distribuyéndolos con mayor equidad. Será, a no dudarlo, un motivo que presionará — aunque suavemente — sobre el trabajo de redacción.

En apariencia *Le Point* posee un enorme presupuesto de promoción en Francia y eso posibilitará su lanzamiento al gran mercado. A la manera de todas las revistas de su tipo sus editores pondrán el acento en una difusión en gran escala de un producto de calificada calidad informativa. Para lograr ese propósito Simón Nora es capaz de respaldar a *Le Point* aun a riesgo de descuidar a la poderosa Hachette.

En momentos en que la campaña política francesa se desarrolla como un antagonismo entre los gaullistas — a la derecha — y los aliados comunistas-socialistas a la izquierda, la posibilidad de prolongar la lucha en otro frente ha entusiasmado a los galos. Más aún, es obvio, cuando esa nueva ocasión se manifiesta en el campo del periodismo, terreno que suele deparar filosas aristas aun bajo la aparente inocencia de sus caminos más llanos. ♦